

# Carnet de Arte

## III Salón de Mayo. Tiempo de decidir: informalismo pictórico y apictórico y otras cosas

Es difícil organizar entre nosotros un buen Salón de Pintura. Los resultados de la tercera edición del Salón de Mayo nos confirma en tal creencia. El criterio que se sigue para la selección de los artistas ofrece poca elasticidad; los organizadores no quieren exponer nada, y prefieren andar sobre seguro en lo que atañe a los expositores, punto de vista, en cierto sentido, comprensible. El Salón de Mayo, dentro de un sentido renovador, parece como si quisiera alejarse de la postura combativa que por ejemplo caracterizó al Salón de Octubre. Si fuera de España, en Suiza, Francia, Italia pongamos por caso, esta postura podría ser acertada, porque estos países viven ya el arte actual, entre nosotros creemos que ello representa una política equivocada, ya que pueden haber muy buenos artistas pertenecientes a las tendencias más actuales, y su esfuerzo no halla eco en organismos oficiales, casi siempre de tendencia abiertamente conservadora. El salón de Mayo para subsistir necesita de este alejamiento y de estas concomitancias con zonas de la estética clásica, aún que esto sea un riguroso despropósito, esta es una realidad que salta a la vista, una realidad de orden práctico más que de otro índole ya que entre nosotros el practicismo encuentra siempre más ecos y más buena acogida que el evolucionismo, siempre dirigido hacia un futuro al que estamos empeñados en ver con una faz incierta y dubitativa. Al Salón de Mayo le apetece moverse en un medio social que redunde en beneficio de los artistas que lo integran, es en definitiva la causa por la cual nació —muy humana por cierto—. Por eso este disfrazar sus tendencias más avanzadas dándoles un valor meramente plástico, cuando la mayoría de las veces, siempre, el arte de hoy representa una revulsión proyectada hacia los extremos de nuestro propio ambiente, con el ansia de crear un sentido nuevo en lo que ha sido hasta ahora la sensibilidad hecha amaneramiento, condescendencia y halago, para que ésta vierta sus aguas en una proyección más afanosa.

En su tercera edición el Salón se muestra muy irregular, y de ella queremos dar una visión de conjunto. Quizá la escultura forme un campo más homogéneo, de mayor consistencia plástica, su empuje masivo, «bruto» en la mayoría de sus manifestaciones, nos damos cuenta que no ha abandonado el sentido de lucha en su corporeidad proyecti-

va. Lo conservador se halla en la plástica de superficie, la pintura. En cambio, la latencia, la lucha denodada hacia la plenitud de una estética nueva, se halla indudablemente en la escultura. Conste que hablamos específicamente del contenido de este Salón de Mayo. La pintura ha abandonado más fácilmente el aspecto combativo, haciéndose rigurosamente pictórica.

En lo que se ha dado en llamar informalismo o arte de proyección, convergen dos tendencias bien delimitadas una de otra. Lo que podríamos llamar informalismo pictórico, y aquel que responde a un dictado diferente, a una búsqueda nueva de valores plásticos en aquellos materiales a los que se había negado hasta ahora todo poder emotivo, cara a nuestra sensibilidad. En el Salón lo pictórico se ha convertido en una verdadera obsesión, y así casi todo el concierto plástico de lo expuesto responde al sentido vibrátil de la plástica tradicional, obteniendo la misma con medios ortodoxos. En el informalismo, lo pictórico casi podría responder a lo que en el Renacimiento se llamó «manierismo». Ello podría traducirse actualmente por «pintado con los medios clásicos». Quede bien entendido que hablamos de aquello que es vehículo para crear arte, del contenido físico de la obra de arte. Un conocido crítico español ha dicho que actualmente, el arte de ahora persigue más que una renovación estética, una renovación de medios para llegar a esta estética y a este contexto diferente. Hablando de arte de ahora nos referimos al que comprende de diez años para acá.

Hemos hablado de lo pictórico y de lo apictórico. Las otras cosas serían, que un Salón de pintura implica una responsabilidad y al mismo debe concurrirse con una obra nueva, y no con una obra de trámite para cubrir el expediente, hasta el punto de parecer para algunos artistas la concurrencia es un hecho enojoso.

Preside la exposición una tela de Ramón Rogent, recientemente fallecido en accidente, y que el pasado año ocupó la presidencia del Salón.

Alcoy dentro del informalismo pictórico demuestra un intenso afán de trascender. Bechtold, una intensa zona de bruma, una desvaída palpación de aire. Canogar sigue primordialmente la técnica del desgarrar de la pasta pictórica —grandes zonas dinámicas—. Fray Castro, muy cerca de la encrucijada de

Rouault. Cumella, con un panel muy irregular de cerámica, ejecutado con sentido de estructura. Chin-Hsiao, su obra parece una exaltación plástica de un signo del alfabeto chino, —expresionismo abstracto—. Faber, idealismo abstracto. Feito, con un paisaje de tierra. Montserrat Gudiol, comienza una descomposición en su realismo acerado. Hernández Pijoan, llegado al informalismo pictórico con una obra convincente. Ibars, sensibilidad ya al margen de sus gamas. Jordi, con una obra rigurosamente negativa, lo peor de todo el Salón. Intenta este artista con un realismo delicuescente un concepto acartonado de estructura. El escultor Marcel Martí concurre con una obra de trámite. Millares, ya hablamos de él en estas mismas páginas cuando lo del grupo «El paso». Narotzki, expresión abstracta, contenido poético. La evolución de Planasdurá no deja de ser notable, pero su sentido chorreante de la mancha no nos descubre nada nuevo. Puede que sea una experiencia que afecte solamente a su obra, ya que no puede trascender su sentido de búsqueda. La pulida superficie que presenta Carlos Planell es extensa y fría con el único mensaje de la tela, en sí, sin posibilidad «in extenso». Rafols Casamada, una sorpresa, concurre con una obra casi informal, una obra neutra acertada de composición, pero fría en su plástica significativa. Roca, con sus densos empastes realistas. Saura, con una obra que ya conocíamos, constante en su expresión abstracta. La escultura ariscal en hierro de Pablo Serrano, hiriente. Suárez, un informalista de raíz barroca por su contenido de superficie —purpurina, pequeños mosaicos, grises, blancos— y por sus resultados excesivos, la mayoría de las veces gratuitos. La verticalidad de los hierros de Subirachs. Tabara, con una magacismo o muchas veces limitado, servido por una fantasía de cascada. Tharrats, con gamas ilógicas, y un principio de dinamicidad inquietante. Zabaleta, como siempre, limitador consciente de cielos, exagerando esta realidad, que el artista de Quesada podría tener al alcance de la mano.

Este Salón encauza ahora el sentido de proyección del arte de nuestra ciudad. Lo que interesa es que no encontremos siempre los mismos nombres, y que hagan lo posible quienes lo organizan para que no se repitan lamentables ausencias, que no mencionamos, de quienes se consideran que «ya han llegado».

LUIS BOSCH C.